



**Universidad Nacional de Rosario**

**Trabajo Integrador Final**

Hacia una deconstrucción de la maternidad idealizada: las mujeres-madres que con sus voces desmantelan los mitos del colectivo social

Modalidad de presentación: Ensayo.  
Justina Rimoldi.  
Legajo: R-5745/2  
DNI: 42.455.704  
Docente responsable: Laura Peirano.

## **Agradecimientos**

A mis padres, Karina y Miguel, por estar a mi lado en cada paso de este recorrido.

A mis abuelos, Marta y Roberto, cuyas ausencias físicas no borran la huella indeleble de su legado.

A mi abuela Noemí, una guía ejemplar en mi vida.

A mi prima Rebeca, refugio y sostén en este camino de aprendizaje.

A mis amigas, siempre presentes con su escucha incondicional.

A la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, y a todos los docentes y directivos que, con su dedicación y compromiso, me brindaron la oportunidad de crecer y enriquecerme de saberes.

## Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
La maternidad: ¿un deber ser o algo deseado?.....	4
Transformando las narrativas: deseo, no instinto.....	6
El parto: un acontecimiento y dos nacimientos.....	8
Discursos que giran en torno a la maternidad.....	10
Ponerle el cuerpo a la maternidad.....	11
Conclusiones.....	14
Referencias bibliográficas.....	17

## **Resumen**

El presente Trabajo Integrador Final (TIF) de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, desarrollado en modalidad de ensayo, aborda desde una perspectiva psicoanalítica la tensión entre la maternidad y los mandatos sociales que dictan formas ideales de materner. Este ensayo cuestiona las representaciones que definen lo que se considera ser una buena o mala madre, desmitifica los mitos que las sustentan y ubica las múltiples maternidades existentes, trascendiendo su reducción al ámbito biológico y al binomio mujer = madre. En una primera instancia, se reflexiona sobre si la maternidad responde a un imperativo del “deber ser” o si, en cambio, puede ser entendida como un acto guiado por el deseo. Desde esta perspectiva, se explora la idea de un supuesto “instinto maternal”, y el acontecimiento del parto, no sólo desde su dimensión biológica, sino también simbólica. Se ubican los discursos sociales que moldean dicha experiencia, y se examinan las tensiones que surgen cuando la mujer debe “poner el cuerpo” en la maternidad: desde la concepción, el embarazo y el parto, hasta el puerperio, la lactancia y la crianza. El trabajo concluye subrayando la necesidad de liberar a las mujeres de las presiones normativas para que puedan vivir su maternidad – si así lo desean – de una manera más auténtica, sin cargar con el peso de la idealización y romantización que suelen acompañar las concepciones tradicionales de la misma, logrando que esta experiencia esté guiada exclusivamente por su propio deseo.

## **Palabras clave**

Maternidades – mitos – deseo – parto – construcción social.

## Introducción

En el presente Trabajo Integrador Final (TIF) de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario se aborda la tensión existente entre la maternidad y los ideales impuestos sobre las formas de matinar. Este trabajo cuestiona las representaciones establecidas en torno a lo que la sociedad considera ser “buena” o “mala” madre, desmitifica los mitos asociados y ubica los múltiples discursos existentes, para reconocer la diversidad de experiencias de la maternidad que trascienden el ámbito meramente biológico, buscando una comprensión más amplia y realista de este proceso.

Este ensayo reflexiona y explora sobre cómo ha sido concebida la maternidad a lo largo de la historia, cómo se configura en la actualidad, y pretende analizar las transformaciones en su interpretación y abordaje, planteando interrogantes como: ¿qué significa “ser madre” hoy en día?, ¿qué discursos giran en torno a la maternidad?, ¿de qué hablamos cuando hablamos de maternidad?, ¿existe diferencia alguna entre el maternaje y la maternidad?, y ¿en qué medida la experiencia de la maternidad es única para cada mujer, aunque compartida por todas las madres?

El colectivo social ha colocado a la mujer-madre en un pedestal idealizado. Esta visión limita la comprensión y empatización con la realidad de la maternidad, reduciéndola a una experiencia de júbilo y romanticismo, sin considerar las emociones adversas que se pueden generar, como la depresión postparto.

Cuando una mujer se convierte en madre, algo de su “ser mujer” se transforma, lo que implica una profunda reestructuración psíquica para poder albergar y cuidar a su hijo. La mujer-madre debe disponer de recursos psíquicos y físicos para ejercer el rol de maternaje. Entonces, en su quehacer materno se encuentra frente a una adaptación lo suficientemente buena, en términos de D. W. Winnicott (2011) para preservar al bebé de angustias debido a su inmadurez, a través de su sostén emocional y presentación objetal.

Laura Gutman (2020) señala que ejercer la maternidad resulta complejo ya que, al inicio de este proceso, la mujer debe enfrentarse ante un recorrido inevitable y esencial: el de conectar con su propia realidad emocional forjada durante su infancia. Este proceso le permite adentrarse en su historia personal y entrar en contacto con aquello que vivió en esa etapa. Así, la maternidad se convierte en una oportunidad para que cada mujer revise no sólo las ideas preconcebidas, prejuicios y creencias que tiene arraigadas sobre el “ser madre”, sino también su propia historia. Por esta razón, la forma en que cada mujer atraviesa la maternidad será única y distinta, sin perder de vista que, antes de ser madres, son, ante todo, mujeres.

El acto de matinar implica para la mujer enfrentarse a múltiples dudas e incertidumbres. Por ello, es necesario reflexionar – y hacer reflexionar – sobre cómo las representaciones idealizadas de la maternidad en los medios de comunicación, los libros de consejos y los mandatos sociales pueden generar y/o aumentar sentimientos de insuficiencia y angustiantes en ellas, afectando su experiencia al sentirse presionadas a cumplir con las expectativas impuestas.

Es crucial proponer una nueva conceptualización de la maternidad, ya que el concepto de mujer no se limita únicamente a la reproducción, la maternidad y la crianza. Ser mujer trasciende la experiencia de dar a luz y criar un hijo.

Como profesionales de la Salud Mental, nuestra labor consiste en ofrecer espacios seguros, de escucha activa y comprensión, que permitan a las mujeres-madres ser vistas y reconocidas por su individualidad. Es fundamental destacar que cada mujer – madre o no – tiene su propia historia, sus propios deseos y necesidades, que deben ser respetados más allá de los juicios morales, sociales o religiosos que tradicionalmente han condicionado sus roles. La maternidad y la identidad femenina no siempre se entrelazan, por lo que es crucial desprenderse de la imposición del ideal de que ser mujer necesariamente implica ser madre. Debemos promover un enfoque interdisciplinario que valore el bienestar de las mujeres, no sólo en su rol de madres, sino también como seres humanos que merecen ser reconocidas en su totalidad.

## La maternidad: ¿un deber ser o algo deseado?

Durante siglos, el rol de la mujer ha estado marcado por una noción rígida y predefinida, en la que la maternidad era vista como un destino inherente a su condición de género. La sociedad tradicional imponía la idea de que ser madre no sólo era un paso inevitable y obligatorio en el ciclo de vida femenino, sino también un deber esencial para alcanzar la plena realización como mujer.

Este mandato sociocultural hoy se encuentra en un profundo quiebre. Los preceptos tradicionales han sido desafiados y cuestionados por movimientos sociales, y por el cambio en las estructuras de pensamiento colectivo. Esto ha permitido que cada mujer pueda trazar su propio camino, reconociendo que el valor de la misma no se mide por su capacidad reproductiva. En este sentido, el quiebre de las normas antiguas no sólo empodera a las mujeres para elegir si el hecho de ser madre va acorde a su deseo, sino que también redefine lo que significa ser mujer en la sociedad contemporánea.

Violeta Gorodischer (2022) ha desmitificado la creencia profundamente arraigada de que, por el simple hecho de ser mujeres, debemos necesariamente ser madres. Este cambio ha permitido reconocer que no todas las mujeres desean ser madres, y que esto no les acredita menor valor, identidad y realización personal. Al tomar el control de su destino, se ha generado una mayor autonomía sobre sus cuerpos y decisiones, rompiendo con las imposiciones patriarcales que dictaban su rol.

Cuando la maternidad se torna obligatoria – ya sea de manera explícita o implícita, debido a las normas culturales, históricas y sociales – las mujeres son empujadas a una situación de extrema vulnerabilidad, limitando su posibilidad de desarrollarse en otras áreas claves de su vida, afectando su identidad como sujetos deseantes, y su potencial de logro en ámbitos como el trabajo, y otros proyectos individuales. En el momento en que la maternidad se asume como un deber, las mujeres muchas veces ven sus ambiciones y metas personales subordinadas a las demandas de la crianza, en detrimento de su desarrollo profesional y académico, y esto genera no sólo barreras externas, sino también internas, ya que demasiadas mujeres se sienten atrapadas entre lo que desean para sus propias vidas y lo que se espera de ellas.

A pesar del creciente reconocimiento de la maternidad como una elección, aún existen personas – incluyendo mujeres – que consideran que una mujer que no es madre padece de una carencia y que, la ausencia del deseo de ser madre, sigue siendo visto como un “algo a tratar”. Este tipo de pensamiento no sólo es reduccionista, sino que también es perjudicial para las mujeres que, por decisión propia, han optado por no tener hijos, ya que continúan enfrentándose a prejuicios y calificativos que desvalorizan sus elecciones. Al reconocer el deseo de no ser madre, se desafía la narrativa dominante que sigue idealizando la maternidad como el fin último de la mujer.

Esta diversidad de experiencias desarticula el discurso que durante siglos ha intentado universalizar a la mujer, imponiendo una visión homogénea sobre lo que debe ser y hacer. Al desmitificar esta idea, observamos que algunas mujeres encuentran su realización en la maternidad, otras en su carrera profesional o creativa, en sus relaciones afectivas o en sus proyectos personales. Como vemos, existen tantas posibilidades como mujeres en el mundo, cada una con su capacidad de elección y singularidad. Reconocer esta perspectiva, abre un espacio para comprender que no hay una sola forma de ser mujer ni una única manera de transitar la maternidad.

Al situar el deseo en el centro de este apartado, emerge un interrogante fundamental: ¿cómo se entrelazan el deseo de ser madre y la decisión de serlo? Esta tensión entre, por un lado, el deseo y, por el otro, los imperativos sociales y culturales, se revelan y resignifican en el espacio de análisis. Las mujeres reflexionan sobre cómo se perciben ellas mismas en su rol como madres, al mismo tiempo que, los analizantes – tanto hombres como mujeres – profundizan en el impacto y las huellas que la figura materna ha dejado en sus vidas. Estas narrativas entretejidas son las que deben desentrañarse en

análisis: cómo es que la maternidad se convierte en algo que “debe ser”, en lugar de “algo deseado”.

A menudo nos topamos con madres que, al adherirse a modelos normativos, quedan atrapadas en la constante preocupación por cumplir con el “deber ser” impuesto por los ideales de crianza. Estas mujeres sienten la obligación de ajustarse a estándares rígidos que dictan cómo debería comportarse una “buena” madre, siguiendo valores y normas que, aunque muchas veces bien intencionadas, pueden terminar por obstruir la espontaneidad de la experiencia maternal.

Es en este contexto que muchas mujeres-madres llegan al espacio de análisis, en busca de orientación o de una suerte de validación externa que las ayude a transitar el arduo camino de la maternidad. Se dirigen al analista con la esperanza de que éste actúe como una especie de oráculo, de que sus intervenciones ofrezcan certezas, o que legitimen sus elecciones. No obstante, sabemos bien que, lejos de ser un espacio donde se ofrezcan respuestas definitivas, el análisis invita a las mujeres-madres a abrazar la ambigüedad inherente a la experiencia de la maternidad y a reconciliarse con la realidad de que no existe un Ideal único o alcanzable. Sin embargo, en un mundo saturado de información – a través de redes sociales, blogs de crianza y opiniones de expertos autoproclamados – se nos presenta la ilusión de que este saber total e idealizado sobre la maternidad es posible y accesible para todas las mujeres.

Esta perspectiva es planteada por Florencia Herraca en su colaboración para el libro *Lo femenino, lo maternal y nuestra época*, editado por Luisina Bourband (2023), la cual explora:

El desprecio de la experiencia de lo materno y la exaltación de la experticia traen una cara oculta, y esto es una afirmación clínica: un sufrimiento en las madres por verse desmanteladas de su saber hacer, y también, el vasallaje a una imposición superyoica que indica que siempre lo están haciendo mal, que nunca alcanza, o que siempre sobra y que Otro sí sabe cómo hacerlo. Pareciera haber un desplazamiento del deseo de la madre, al debe ser de La Madre. (p. 67)

Winnicott (1960) nos muestra extraordinariamente que la madre no necesita ser una figura idealizada, sino una “madre suficientemente buena”, capaz de proporcionar un ambiente de cuidado que le permita al niño desarrollarse de manera saludable. Esta madre responde a las necesidades del bebé con sensibilidad y autenticidad, adaptándose progresivamente a las demandas del niño. La relación madre-hijo se fundamenta en una conexión emocional genuina que posibilita un vínculo de aprendizaje y sostén mutuo. En los primeros meses de vida, el recién nacido se encuentra en un estado de dependencia absoluta, donde su bienestar físico y emocional depende por completo de la figura materna. Este período de dependencia primaria resulta crucial, aunque no siempre es fácil de establecer. Muchos son los autores que plantean que la ausencia de esta conexión tiene un impacto profundo en el bienestar del recién nacido, así como también en su posterior desarrollo, en esta etapa de vulnerabilidad, donde depende por completo de la madre no sólo para satisfacer sus necesidades básicas, sino también para garantizar su supervivencia.

A partir de este encuadre, es pertinente desarrollar una argumentación que permita comprender que la maternidad no es sinónimo de maternaje. El acto de procrear, que es una capacidad biológica inherente a toda mujer, no garantiza que se produzca el proceso psicoafectivo conocido como maternaje. Este último término va más allá de la maternidad y del hecho mismo de parir y ser madre. Oiberman (2013) enfatiza en dicha diferencia e indica la importancia del cuidado físico, emocional y la atención que se le debe brindar al niño, especialmente durante los primeros años de vida. Por lo tanto, este proceso psicoafectivo es el que puede acontecer o no en la mujer cuando tiene a su bebé.

Cada niño o niña llega a este mundo impregnado de una narrativa familiar que no eligió, pero que constituye su prehistoria. Desde el momento en que sus progenitores se enteran de su llegada, se ven confrontados con un acontecimiento que los invita a explorar sus propias historias subjetivas y sus mitos familiares. Este proceso da lugar a la creación de una imagen idealizada del hijo, pero ¿qué le sucede a la madre, cuando su propio hijo, no logra encarnar esas expectativas o significados idealizados? Esto es esencialmente relevante ya que, en muchas ocasiones, la madre – aun habiendo planificado y deseado la maternidad – no logra reconocer(se) en su hijo, y es ella quien posee el poder de transformar la experiencia del niño en un evento significativo de deseo o, por el contrario, en una vivencia insatisfactoria.

Comenzar a tener en cuenta esta perspectiva permite una comprensión más amplia de la maternidad. En lugar de centrarnos exclusivamente en la figura materna que ha concebido y procreado a su hijo, es más pertinente, desde un enfoque psicoanalítico, hablar de “funciones” que desempeñan el rol materno. Este enfoque también permite incluir la diversidad de dinámicas familiares que existen en la actualidad. La maternidad puede tomar múltiples formas, reflejando una variedad de opciones que abarcan desde la adopción y la fertilización hasta la reproducción asistida. Reconocer estas variaciones no sólo enriquece el entendimiento de lo que significa “ser madre”, sino que también valida las experiencias de aquellas que eligen caminos no convencionales para formar una familia.

### **Transformando las narrativas: deseo, no instinto**

El instinto materno ha sido históricamente concebido como un amor espontáneo e innato atribuido a las mujeres, ligado a su naturaleza femenina y orientado hacia el cuidado y protección de sus hijos. Este supuesto “saber hacer” frente a las necesidades del bebé, considerado clave para asegurar su supervivencia, se ha entrelazado con construcciones sociales que definen y perpetúan las expectativas en torno a la maternidad. Profundamente influido por narrativas biologicistas, el concepto ha sido objeto de debate a lo largo de los siglos, adquiriendo significaciones diversas según el contexto cultural, histórico y social. En este sentido, Fernández (1993) señala que:

El mito dirá que la madre posee un saber-hacer instintivo, que le permite entender mejor que nadie – es, por ende, irremplazable – lo que su hijo necesita. Dicho instinto la guiará para encontrar – siempre – el camino adecuado en la relación con el hijo; es infalible. La madre va a “saber” por instinto. En función de él, su amor es incondicional; madre e hijo están atados por lazos de “sangre” indisolubles y su hijo la necesitará de por vida. (p. 171)

A través de una multiplicidad de discursos provenientes de diversos ámbitos, se ha instalado esta idea de instinto materno como una característica inherente a las mujeres, colocándolas en una posición que parece no ofrecer alternativas: se asume que, por naturaleza, deben ser madres. Hablar de instinto no alude a las singularidades o subjetividades que cada madre puede tener en relación con su hijo, sino a una noción esencialista de “la” mujer y lo que se espera de ella. Esta narrativa construye y refuerza la ecuación mujer = madre como un fundamento incuestionable, vinculando la identidad femenina exclusivamente con la capacidad reproductiva y excluyendo la dimensión del deseo como un factor determinante en la experiencia de la maternidad.

Es necesario desplazar el enfoque desde la noción de instinto hacia la dimensión simbólica del deseo, dado que, si el instinto realmente existiera, no habría espacio para dudas ni incertidumbres: las mujeres sabrían de forma innata cómo ejercer la maternidad de manera universal. Sin embargo, el hecho de gestar y parir no implica automáticamente la activación de una función materna, sino que ésta es una construcción que requiere ser sostenida en y por el deseo.

El deseo, según Lacan (1958), se configura a partir de la falta estructural que caracteriza al sujeto. Esta falta, originada en el proceso de separación del sujeto con el Otro primordial – generalmente simbolizada por la madre en las primeras etapas de la vida – es constitutiva. El objeto que inaugura esta falta es irremediabilmente perdido, por lo tanto, es un objeto imposible de alcanzar que funciona como motor del deseo.

En el contexto del deseo de tener un hijo, éste puede ser interpretado como un intento de colmar esa falta estructural. El niño es colocado en el lugar del objeto del deseo, funcionando como un significante que apunta a una completud ilusoria. Sin embargo, ningún objeto, ni siquiera el hijo, puede colmar completamente dicha falta. Entonces, el niño, en tanto objeto deseado, no podrá colmar la pérdida del objeto original perdido y, por lo tanto, quedará atrapado en los inicios en la economía del deseo de los padres – el deseo es el deseo del Otro, dice Lacan (1957-58) –.

Durante los primeros meses de vida, el bebé se encuentra intrínsecamente inscrito en el deseo materno, y es precisamente este deseo el que le otorga existencia en el mundo simbólico. La madre, entonces, se convierte en la intérprete de las necesidades del niño, respondiendo a ellas a través de su deseo. Este vínculo, que puede acontecer o no – el maternaje – no se limita meramente a lo biológico, sino que se inserta en una dinámica simbólica donde la madre además de satisfacer las necesidades de su bebé, también lo estructura como sujeto.

Otro aporte significativo de Lacan (1972-73) para esclarecer esta cuestión es la introducción de una paradoja en la concepción de la mujer y la maternidad: la mujer es “no-toda”, es decir, “no toda” para su hijo, lo que implica un límite necesario en la relación materna. Su deseo no se encuentra completamente colmado por ese hijo, sino que va más allá de él, lo que resulta crucial para evitar el estrago materno y posibilitar una separación entre ambos. Al respecto, Lacan (1969-1970) enfatiza sobre la relevancia del deseo materno al señalar que:

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. (p. 118)

En este sentido, también es esencial reconocer que el deseo de la mujer debe permitirle ser “no-toda madre”, como señala Recalcati (2018), entendiendo la maternidad en términos de presencia y ausencia. Esto implica que, además de ofrecer amor y estar presente, la madre debe posibilitar que su hijo experimente la ausencia, un aspecto fundamental en su desarrollo. “Es un claro ejemplo de la sublimación materna: es el gesto de la madre el que hace posible la alteridad del hijo, su separación, el desapego de sí misma” (Recalcati, 2018, p. 57).

Una vez más, se destaca la importancia de la intervención de un tercero en la relación madre-hijo. Es necesario un Otro que interrumpa la fusión absorbente entre ambos – lo que Lacan denomina la “madre cocodrilo” (1957-58) – y facilite que el niño comience a diferenciarse del deseo materno. Este tercer elemento, representado por la función paterna, introduce una separación necesaria, permitiendo al niño distinguir entre su propio deseo y el deseo del Otro. A través de la figura del padre y la ley simbólica, el niño accede al lenguaje y la cultura, reconociéndose como un sujeto independiente de la madre.

La concepción lacaniana nos permite cuestionar la visión tradicional de la maternidad como una función plenamente satisfactoria o como el camino hacia la realización absoluta de la mujer. En lugar de entenderla desde la idea del instinto maternal, Lacan nos invita a pensarla en términos de falta y deseo. Así, la madre no es una figura idealizada de que todo lo entrega, ni existe una maternidad sin fisuras o un “saber hacer” innato. Más bien, la madre debe ajustarse a su bebé debido a que, aunque lo haya gestado,

el vínculo entre ambos no está dado de antemano, sino que debe construirse a través del conocimiento mutuo, la interpretación de sus gestos y necesidades, y la inversión libidinal.

### **El parto: un acontecimiento y dos nacimientos**

Tradicionalmente, el parto ha sido concebido como un acto puramente biológico, equiparable al de otros mamíferos, regido por pautas instintivas. Sin embargo, Daniel Stern (1999) propone que el nacimiento trasciende lo físico y se configura como un encuentro inaugural entre dos subjetividades: la del bebé, que inicia el proceso de estructuración de su identidad, y la de la madre, quien empieza a reconfigurar su posición e identidad dentro del mundo simbólico. Desde esta perspectiva, el nacimiento puede entenderse como un proceso de co-creación, tal como lo expone Stern (1999) en *El nacimiento de una madre*:

De alguna manera, una madre tiene que nacer psicológicamente al igual que su bebé nace de forma física. Lo que una madre da a luz en su mente no es un nuevo ser humano, sino una nueva identidad: el sentido de ser una madre. (p. 13)

Tras el nacimiento del bebé, la madre atraviesa una reorganización psíquica única que Stern denomina “constelación materna”. Este proceso implica el surgimiento de un nuevo conjunto de tendencias a la acción, sensibilidades, fantasías, temores y deseos que configuran su experiencia tras este acontecimiento. En esta etapa, la madre debe reestructurar su mundo interno para responder a las necesidades del bebé, mientras establece y construye con él una relación emocional única... ¿podríamos considerar el parto, entonces, no sólo como un evento biológico, sino también como un acontecimiento simbólico que transforma profundamente la psique y las emociones de la madre?

Hagamos un poco de historia: al decir de Oiberman (2001), en los tiempos prehistóricos, cuando las mujeres traían un hijo al mundo, lo realizaban agachadas y junto a ellas se encontraban otras mujeres experimentadas que prestaban ayuda a dicha parturienta. Hasta el Siglo XVI, existieron amuletos asociados a lo mágico que se utilizaban para conjurar el riesgo de muerte del bebé y/o la madre en el parto, y el nacimiento del niño excedía el ámbito privado para transformarse en un acontecimiento comunitario.

Es recién a fines del Siglo XVIII que la palabra de las antiguas e históricas parteras comienza a desaparecer en beneficio de la tecnificación del momento del nacimiento debido a que se propicia una época en la cual la profesión de las mismas empieza a desarrollarse bajo la tutela de los médicos, privilegiando salvar la vida no sólo de la madre, sino también del bebé.

Los partos, en términos de Laura Gutman (2020), se concebían como procedimientos meramente físicos, regulados por rutinas clínicas. Se habían convertido en un proceso controlado, donde diversas intervenciones médicas garantizaban que todo se ajustara a un plan específico. El uso de anestesia aseguraba que las mujeres no representaran un inconveniente durante el procedimiento, silenciando cualquier dolor o sensación que pudiera interferir con el control médico. Además, las drogas administradas permitían a los profesionales determinar con exactitud el momento y la forma en que debía llevarse a cabo el alumbramiento. Este enfoque, tenía como objetivo primordial extraer al bebé en las mejores condiciones físicas posibles, aun usando intervenciones o herramientas inadecuadas e insalubres. La atención estaba centrada exclusivamente en la salud física del recién nacido, y el éxito de este modelo se celebraba como una victoria de la ciencia y la tecnología. Sin embargo, en esta visión altamente tecnificada, poco se consideraba el aspecto emocional, espiritual y participativo de la mujer que, en muchos casos, quedaba reducida a un rol pasivo, despojada de la experiencia de su propio cuerpo y de su parto. La ciencia triunfaba, pero, a costa de la desconexión de la mujer con uno de los momentos más trascendentales de su vida.

Esta perspectiva estaba tan profundamente arraigada en nuestra civilización que las mujeres apenas se detenían a reflexionar sobre su papel en el proceso. Poco se cuestionaban si habían sido verdaderamente protagonistas activas de su propio parto, o si se habían convertido en simples espectadoras de un acontecimiento dirigido y controlado por otros. La idea de que el parto debía seguir un protocolo médico preciso, en que el cuerpo femenino era visto como un objeto a gestionar, estaba tan normalizada que, en la actualidad, las mujeres comenzaron a inquietarse sobre interrogantes, tales como, si fueron sus decisiones realmente valoradas o simplemente habían cumplido con el guion establecido por la medicina. En aquellas épocas, quedaba muy poco espacio para considerar si el parto había sido un acto íntimo y empoderador, o si las habían visto alienadas a su naturaleza mamífera y humana, cumpliendo con lo que la sociedad y los profesionales esperaban de ellas, sin detenerse a pensar si eso era realmente lo que necesitaban o deseaban. Es así que, se empezó a combatir la imagen de la parturienta sufriende instalada en el imaginario colectivo durante generaciones enteras: las mujeres comenzaron a desnaturalizar el maltrato que daban por sentado durante su parto o peor aún, que ni siquiera habían registrado.

Lo expuesto resalta la importancia de respetar los tiempos subjetivos de cada mujer durante el proceso del parto, para evitar intervenciones invasivas que puedan afectar negativamente el primer encuentro y desarrollo posterior del vínculo madre-hijo. Este principio está consagrado en la Ley 25.929 de Parto Humanizado, sancionada en 2004, que reconoce y protege los Derechos esenciales de las mujeres, los recién nacidos y sus familias en las etapas de embarazo, parto y puerperio. Se debe humanizar el sistema de atención médica, evitando la medicalización rutinaria y la excesiva tecnificación del parto, devolviendo el protagonismo a la madre y su hijo: esto es, tratarlos como personas sujetas de derechos, y no como cuerpos-objeto de intervención.

La ley promueve la humanización del nacimiento al reconocerlo como un acontecimiento transformador que demanda no solo atención médica adecuada, sino también respeto por las decisiones y particularidades de cada mujer. De esta manera, se busca garantizar una experiencia libre de violencia obstétrica, en un entorno que favorezca el inicio de un vínculo saludable entre madre-hijo, reafirmando la centralidad de la dignidad y los Derechos Humanos en el proceso del nacimiento.

El nacimiento no trata únicamente de un proceso biológico o de “traer una nueva vida al mundo”, sino de darle un lugar en la historia subjetiva y psíquica de cada mujer. Es imprescindible un acompañamiento que vaya más allá de los protocolos médicos y la eficiencia de los procedimientos: que toda mujer – y toda familia – pueda sentirse escuchada, respetada, acompañada y sostenida en este proceso. En palabras de Oiberman (2008):

Y la forma de lograr un cambio no es yendo en contra de la corriente ni intentando que las mujeres vuelvan a parir a las cavernas, sino devolviendo el espacio simbólico al acto del nacimiento y a toda su periferia, incluyendo el saber médico, las técnicas, las parteras, e introduciendo la palabra ya no mágica de antaño, sino la que es capaz de elaborar la psicología actual para dar respuesta a una necesidad ancestral: la de toda mujer y toda familia de sentirse escuchada, respetada, acompañada y sostenida ante la llegada de un bebé y en el inicio de la vida. (p. 54).

Esto requiere introducir una palabra que no opere desde lo normativo sobre la maternidad, sino desde una escucha genuina, que permita a cada mujer elaborar su propia experiencia y afrontar los desafíos de la nueva realidad que se inaugura con la llegada de un hijo. Porque incluso en los casos donde la maternidad ha sido deseada y planificada, esta supone la apertura a nuevos roles e identidades, la necesidad de reconfigurar los vínculos y la posibilidad de construir un saber hacer propio que haga la experiencia materna más vivible, menos alienante y más singular.

## Discursos que giran en torno a la maternidad

“¿Qué estás esperando para tener un hijo?”, “¿Quieres ser mamá?”, “¿Cómo que no quieres serlo?”, “¿Cómo es posible que no logres conectar con tu hijo?”, “¿Para cuándo el hermanito?”, “¿Por qué dejas a tu hijo al cuidado de otros?” ... Estas son algunas de las frases con las que muchas mujeres se enfrentan a diario, expresiones que, encierran una noción profundamente arraigada: la identificación de toda mujer con la maternidad, cristalizada en el binomio mujer = madre. Este binomio, aparentemente incuestionable, fundamenta su eficacia en su relación con una supuesta “naturaleza” que define a la mujer por su capacidad reproductiva. Pero, curiosamente, esta perspectiva no se aplica con la misma fuerza en el hombre... ¿por qué no se erige un binomio equivalente, como hombre = padre? La respuesta revela las asimetrías de poder y las construcciones culturales que asignan a las mujeres un rol reproductivo.

Para explorar y comprender a las mujeres que deciden no ser madre, resulta fundamental desnaturalizar esta estructura binomial. Advertir que el binomio mujer = madre no es un reflejo de la naturaleza, sino una construcción social cargada de ideología, que delimita los márgenes del “debo ser”, o “deseo ser”.

La maternidad ya no es, entonces, el eje central de realización personal para muchas mujeres. Actualmente, se identifican tres escenarios: por un lado, aquellas que enfrentan dificultades que les impiden convertirse en madres; por otro, las que eligen no serlo, desafiando los mandatos tradicionales que vinculan la femineidad con la maternidad; y, finalmente, quienes deciden postergar esta experiencia, enfrentándose a las limitaciones del reloj biológico. Este retraso puede generar tensiones entre el deseo y las posibilidades reales de concretarlo, reflejando la complejidad de equilibrar – en la medida de lo posible – los proyectos de vida personales con las restricciones impuestas por los tiempos biológicos y las expectativas sociales y culturales.

Sin embargo, incluso para quienes eligen la maternidad, los desafíos no terminan ahí. A estas mujeres se las envuelve de discursos y mandatos sobre cómo ejercer la crianza, que parecen imponer una visión homogénea e idealizada de la experiencia materna. Las redes sociales, los medios de comunicación, las publicidades y los “expertos” en crianza promueven imágenes de una maternidad idílica: madres perfectamente felices, bebés impecables y hogares armoniosos, contribuyendo a construir un modelo de maternidad inalcanzable.

Este bombardeo de información está cargado de consejos que, bajo la apariencia de querer ayudar, sugieren que existen modos “correctos” y universales de criar, invisibilizando no sólo la diversidad de experiencias, sino también ejerciendo una presión enorme sobre las mujeres, generando sentimientos de culpa o insuficiencia en aquellas que no logran ajustarse a esos estándares. Es así que, se convierte el campo de la maternidad en un terreno de vigilancia y prejuicio constante. No sólo se desdibujan las dificultades y tensiones inherentes a la maternidad real, sino que, además, ignoran las diferencias culturales, sociales, económicas y personales que atraviesan cada mujer.

En su contribución al libro *Lo femenino, lo maternal y nuestra época*, editado por Luisina Bourband (2023), Brienza explora que:

Cualquiera sea la teoría que diga cómo deben criarse los hijos, y cualquiera sea su fundamento teórico al respecto, asistimos una vez más a la cuestión de cómo se marca un camino – el deber ser materno – que debe ser seguido a pie juntillas. No hay lugar en estos discursos para el desborde, el agotamiento, el cansancio, el hartazgo. Tampoco para aquellas que en ocasiones deciden correrse de los mandatos y probar con otras opciones que van en contra de la teoría establecida. Si así lo hacen, adviene, veloz, la culpa. (p. 77)

La concepción tradicional de la maternidad, que exige a las mujeres priorizar incondicionalmente el bienestar de sus hijos sobre sus propias necesidades y deseos,

limita su reconocimiento como individuos con subjetividades propias. Esta perspectiva perpetúa la creencia de que el bienestar del hijo debe estar – siempre – por encima de todo, incluso de la propia identidad y bienestar de la madre.... ¿podríamos pensar que anteponer al hijo sobre encima de la madre es la mejor manera para fracasar como madre? Teniendo en cuenta la imposición de este ideal materno que no solo niega a las mujeres la posibilidad de experimentar y expresar su propio malestar subjetivo, sino también que las obliga a estar disponibles en todo momento, sin espacio para otras facetas de su vida.

Los discursos sociales generan un superyó materno que actúa como un juez implacable, dictando lo que una “buena madre” debe hacer. Las madres sienten que cualquier decisión que no se alinee con estas expectativas – desde optar por trabajar fuera de casa hasta no amamantar, o simplemente no lograr conectar con su hijo – es una transgresión que las etiqueta como insuficientes, o imperfectas.

Esta presión lleva a muchas mujeres a buscar ayuda en el espacio analítico, cargando con la sensación de que no están ejerciendo la maternidad de manera adecuada. Allí emergen sus dudas, culpas y conflictos que, probablemente, encuentren su origen en un entramado complejo de mandatos sociales y modelos familiares. El desafío radica, entonces, en ofrecer un espacio donde puedan cuestionar(se) esos mandatos, y empezar a desentrañar su propio deseo... ¿qué significa ser madre para esa mujer? ¿de dónde provienen sus exigencias? ¿de su propia historia infantil, de modelos maternos internalizados, o de los discursos sociales contemporáneos? ¿qué lugar ocupa su deseo en la ecuación mujer = madre, o gestar = parir = criar?

Es imprescindible liberar la experiencia de la maternidad del peso de las expectativas y juicios impuestos por las miradas ajenas, permitiendo a las mujeres transitar de manera genuina y natural los sentimientos ambivalentes que pueden surgir en esta etapa de sus vidas. La maternidad – lejos de ser una experiencia uniforme – está atravesada por emociones complejas que pueden incluir desde amor y alegría, hasta agotamiento, frustración e incertidumbre. Para que dichas emociones puedan ser expresadas libremente, es crucial que las mujeres se sientan no sólo escuchadas, sino también validadas y sostenidas, en lugar de juzgadas. Crear espacios de escucha y acompañamiento es esencial para que puedan compartir sus vivencias sin temor a ser encasilladas en roles idealizados o críticas desmesuradas. En este sentido, Garo (2023) sostiene que:

La ética que comanda nuestra práctica impide a los analistas ser prescriptivos respecto de anticipar soluciones o señalar el camino correcto. En todo caso se trata de acompañar al Sujeto, en las posibilidades que un análisis abre a un saber hacer con el síntoma menos sufriente y más habilitante para las contingencias de la vida. (p. 45)

El analista, en este sentido, no impone un modelo de “buena madre”, sino que facilita un espacio para que la mujer construya una manera de transitar la maternidad desde su deseo y no desde un Ideal impuesto. El deseo de ser madre no implica necesariamente un “saber hacer” previo, sino que este saber se va configurando en el encuentro con el hijo, en la singularidad de cada vínculo y en la manera en que la madre elabora sus propios interrogantes, angustias y expectativas.

### **Ponerle el cuerpo a la maternidad**

Las mujeres compartimos la experiencia de habitar un cuerpo en constante transformación. Este cuerpo, más que un organismo biológico, es testigo y portador de los múltiples procesos que atravesamos a lo largo de nuestra vida, inscribiendo en nuestra corporeidad no sólo cambios físicos, sino también culturales, emocionales y psíquicos.

Desde una perspectiva psicoanalítica, el cuerpo femenino es un territorio simbólico donde se juegan identificaciones, fantasías y pulsiones. El embarazo y la maternidad reactivan aspectos fundamentales de la sexualidad infantil, particularmente las identificaciones con la madre. Gestar un hijo coloca a la mujer en una posición que la conecta con su propio lugar como hija. Este proceso, aunque pueda ser enriquecedor, está cargado de ambivalencias: por un lado, ofrece la satisfacción de un acto creador profundamente significativo; por otro, implica la pérdida de un cuerpo autónomo que se pone al servicio de otro ser.

El embarazo, el parto y el puerperio son momentos críticos que desafían tanto al cuerpo como al psiquismo de la mujer. Son etapas que confrontan a la madre con la fragilidad y el agotamiento, pero también con su capacidad de dar vida y sostener. El cuerpo que antes era experimentado como propio, se transforma y, a menudo, se percibe como un instrumento para el otro: el hijo, la pareja, o incluso la sociedad, que proyecta sobre él expectativas.

En la maternidad, la mujer debe “poner el cuerpo”. Desde el momento de la concepción, el cuerpo femenino se transforma en un lugar de creación. Este cuerpo pasa a ser un espacio compartido, un lugar donde alojar y nutrir. En el parto, el cuerpo se convierte en un canal de apertura, entrega y separación. No sólo implica la salida del hijo, sino también un corte simbólico: la separación entre el cuerpo de la madre y el bebé, una escisión que, aunque física, no se resuelve de inmediato en el plano psíquico.

El postparto y el puerperio pueden leerse como un duelo por la pérdida de la fusión con el hijo, que da lugar a interrogantes sobre la propia identidad de la madre. En estos momentos, el cuerpo es escenario de recuperación física, desajustes hormonales y una transformación emocional: el amor y la entrega hacia el recién nacido conviven con el cansancio, la frustración y, en ocasiones, la sensación de alienación. La mujer debe renegociar su posición subjetiva en un contexto donde el cuerpo, una vez más, se encuentra asistiendo a otro.

La lactancia, como acto simbólico y pulsional, es otro momento en el que la mujer pone el cuerpo. No sólo se trata de nutrir físicamente al bebé, sino de establecer un lazo afectivo que refuerce el vínculo madre-hijo. Lacan (1981) define este acto como una respuesta a la demanda del Otro: el niño no sólo demanda alimento, sino también presencia, cuidado y deseo. Al igual que la crianza, donde se prolonga esta dinámica de sostener, abrazar, consolar y adaptarse a los ritmos del niño.

Al analizar la maternidad, Marie Langer (1976) destacó que las constantes demandas del hijo hacia la madre pueden suscitar un conflicto entre su identidad como sujeto deseante y el rol de cuidadora que se le impone. Esta tensión surge porque la maternidad, lejos de ser una experiencia armónica, se presenta como un terreno que afecta la disponibilidad emocional y física de la madre, al mismo tiempo que genera un impacto en su experiencia del cuerpo.

El cuerpo, que durante el embarazo fue vivido como un espacio de creación, puede ser percibido en el postparto como un lugar ajeno, marcado por los efectos del parto, el cansancio físico y las huellas del proceso de gestación. Esta “alienación del cuerpo”, puede convertirse en una amenaza para la subjetividad de la mujer si no se habilita un espacio – como el análisis – donde pueda resignificar estos cambios corporales y psíquicos, y reconectar con su propio deseo.

Lacan aporta una lectura fundamental al señalar que el cuerpo no es simplemente biológico, sino un lugar que se construye en la relación con el Otro. En la maternidad, el cuerpo de la madre queda, en cierto punto, absorbido y solicitado por la demanda del hijo. El cuerpo deja de ser experimentado como algo propio para convertirse en un objeto para el Otro: esto es, el cuerpo de la mujer queda reducido a una función y sus propios deseos son relegados a un segundo plano.

En este contexto, también entra en juego la aceptación de la nueva imagen corporal, un proceso que va mucho más allá de lo estético o superficial. Se trata de un acto profundamente subjetivo, en el que la mujer no sólo reconoce los cambios físicos en su

cuerpo, sino que los resignifica como parte de su historia personal. Es un cuerpo que no sólo ha sido transformado por la experiencia de la maternidad, sino que también ha dado vida. Un acto de reconciliación donde el cuerpo de la mujer ya no es simplemente un “cuerpo hablado” por los mandatos culturales, sociales o familiares, sino que deviene en un “cuerpo que habla”, un cuerpo que porta sus propias marcas y significados. Este desplazamiento implica dar lugar a las narrativas internas que esas marcas evocan: historias de deseos, creación, pérdidas y duelos que el cuerpo materno alberga.

## Conclusiones

El abordaje de las maternidades en términos plurales ha sido el punto de partida para lo desarrollado hasta aquí. La diversidad de experiencias desarticula el discurso homogéneo que, a lo largo de los siglos, ha intentado universalizar a la mujer y su rol en la maternidad, reduciendo esta compleja vivencia a una única narrativa prescrita.

Lejos de ser un concepto cerrado y universal, la maternidad debe ser entendida como un territorio dinámico y en constante construcción, repleto de interrogantes que exigen ser explorados y abordados desde múltiples perspectivas disciplinares. Esta diversidad no sólo derriba nociones como la del “instinto materno”, sino que también pone de relieve la necesidad de situar al deseo como el eje central. Al desvincular la maternidad de la idea de un mandato biológico ineludible, se abre la posibilidad de repensarla como una función que encuentra su sentido en la decisión y en el contexto particular de cada mujer.

La idealización y romantización de la maternidad constituye una concepción errónea. Si entendemos la maternidad como un sinfín de preguntas, en el que las incertidumbres superan a las certezas... ¿por qué la mirada social se posiciona constantemente sobre cómo cada mujer ejerce la maternidad? ¿quién tiene la convicción de establecer e imponer una manera “correcta” de gestar, parir y criar?

La perspectiva de Laura Gutman nos invita a comprender la maternidad como una oportunidad de transformación para cada mujer. Este proceso implica una revisión crítica de la propia infancia y de los modelos maternos recibidos. En algunos casos, estos legados sirven de apoyo para fortalecer el vínculo con la maternidad, mientras que en otros se buscan resignificar o transformar, dando lugar a nuevas formas de maternar. Así, la maternidad se convierte en un espacio de reinención personal, donde cada mujer encuentra y expresa su propia voz.

El debate sobre las decisiones reproductivas de cada mujer ha sido – y sigue siendo – eje de disputa, especialmente en un contexto donde la libertad de elección enfrenta constantemente cuestionamientos sociales. En el caso de quienes eligen ser madres, interrogantes sobre cómo, cuándo y bajo qué circunstancias ejercer la maternidad se tornan recurrentes, mientras que aquellas que deciden no maternar suelen enfrentarse a una incompreensión aún mayor – incluso por parte de muchas mujeres –. Además, para quienes desean serlo, persiste la expectativa de que esta experiencia deba realizarse necesariamente en compañía de una pareja, idealmente masculina, reproduciendo un modelo familiar tradicional.

Otra noción que abordamos críticamente es que la maternidad y la identidad femenina no siempre coinciden, ya que ser mujer abarca una trayectoria que va más allá del rol de madre. Muchas mujeres encuentran su satisfacción y realización en distintos aspectos de la vida – como el desarrollo profesional, académico, creativo, o incluso el cuidado de sí mismas –. Por otro lado, algunas mujeres desean ser madres, pero por diversas razones no pueden serlo biológicamente, y aun así cumplen roles maternos significativos en la vida de otras personas: son madres adoptivas, abuelas, tías o figuras de apoyo emocional, y todas estas formas de maternidad son igualmente válidas y relevantes. Este enfoque resalta que el concepto de ser madre no está necesariamente vinculado a la capacidad biológica de dar a luz, sino que se basa en el amor, la ternura, el cuidado y la conexión emocional que se puede ofrecer, independientemente de la relación biológica.

Los aportes de Lacan nos invitan a repensar la maternidad más allá de una función plenamente satisfactoria, o de un camino hacia la realización absoluta de la mujer. En lugar de fundamentarse en la idea de un instinto maternal, debe entenderse en términos de falta y deseo. Así, la madre no es una figura idealizada que todo lo entrega, ni la maternidad es un proceso sin fisuras ni guiado por un “saber hacer” innato. Por el contrario, el vínculo entre madre e hijo no es algo dado de antemano, sino que se construye a través de la interacción y reciprocidad. En esta línea, la distinción entre maternidad y maternaje

propuesta por Oiberman permite comprender cómo este vínculo trasciende lo biológico y se configura a través del cuidado, la presencia y la relación emocional.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando la maternidad deja de ser percibida como el destino natural y obligatorio de la mujer, para convertirse en una elección individual, atravesada por su propio deseo? En un tiempo en el que el deseo de ser madre se ha emancipado, en gran medida, de la concepción tradicional que la restringía a la figura biológica de quien da a luz... ¿qué queda, entonces, de la noción de “madre”?

Esta emancipación implica un desplazamiento del significado tradicional de la maternidad hacia un concepto más amplio, que incluye diversas formas de ejercerla y entenderla. Ya no se reduce únicamente al acto biológico de procrear, sino que se extiende a dimensiones afectivas, sociales y simbólicas, donde el vínculo materno puede construirse desde la adopción, la maternidad subrogada, la crianza compartida, o incluso desde figuras no parentales que asumen roles de cuidado y guía. Así, lo que “queda” de la madre en este nuevo escenario, no es una esencia fija o universal como históricamente se le ha atribuido, sino una multiplicidad de significados y prácticas que varían según las circunstancias, los contextos culturales, sociales, y las decisiones individuales.

Se debe hablar ya no desde el término de “maternidad”, sino de “maternidad(es)”, reconociendo la pluralidad y complejidad que caracteriza a esta experiencia. Abordarlas desde esta perspectiva permite alejarse de los decires hegemónicos e idealizados que han perpetuado la idea de un “deber ser” y un “saber hacer” individual, cargado de prejuicios y expectativas irreales.

Es imprescindible repensar las maternidades desde un enfoque crítico, que invite a la deconstrucción de los mandatos culturales que, desde la infancia, nos moldean y nos enseñan cómo “deberíamos” ser madres. Desde temprana edad, las niñas son introducidas, explícita o implícitamente, en un imaginario colectivo donde la maternidad aparece como un destino inevitable, acompañado de la convicción de que las mujeres nacen “preparadas” para asumir este rol de manera instintiva. Pero esto no es así.

El cambio hacia una concepción plural y abierta de las maternidades marca el inicio de un largo camino que aún queda por recorrer. Es fundamental visibilizar no sólo las necesidades emocionales y psicológicas de las mujeres en esta etapa, sino también la importancia de brindarles un acompañamiento respetuoso y humano, siendo escuchadas fuera de todo prejuicio.

Sostener a quienes sostienen, en este camino – más o menos – sinuoso, requiere transformar las prácticas de atención y acompañamiento mediante enfoques interdisciplinarios que reconozcan a la mujer como un ser biopsicosocial, con derechos, deseos y necesidades singulares. Es esencial impulsar políticas públicas y prácticas profesionales basadas en la empatía y el cuidado integral, siempre guiadas por una ética que respete y valore la diversidad de las experiencias.

El acto de acompañar en el proceso de maternidad implica, ante todo, la capacidad de mirar con un interés genuino y amoroso a ese otro. Este otro – la madre – se presenta con su singularidad, con su propia historia, sus deseos, sus contradicciones y su forma única de transitar la experiencia de ser madre. Acompañarla significa alojarla en su otredad, aceptando que la otra es, efectivamente, otra: irreductible a mis propias vivencias o expectativas.

Este acompañamiento requiere la disposición de abandonar las certezas y los ideales universales sobre la maternidad para validar su experiencia sin imponer categorías normativas de “buena madre”. Intervenir no para moldear o guiar, sino para ofrecer un espacio de escucha y comprensión. Nuestra labor, entonces, es permitirle a esa mujer-madre habitar su maternidad desde su propia verdad. Esto implica también una mirada ética: no reducir a la madre a su función de cuidado, sino reconocerla como un sujeto deseante.

Este es solo un punto de partida. Es necesario seguir profundizando, reflexionando y dialogando sobre las maternidades, no sólo desde la experiencia de ser madre, sino también analizando los ideales, estructuras y prejuicios históricos que las han rodeado.

Avancemos y apostemos hacia una comprensión más justa y respetuosa de las maternidades y de sus múltiples formas de vivirlas o resignificarlas.

## Referencias bibliográficas

- Abello Blanco, A y Liberman, A. (2011). *Una introducción a la obra de D. W. Winnicott*. Madrid: Ágora Relacional.
- Bourband, L. (2023). *Lo femenino, lo maternal y nuestra época*. Rosario: Laborde.
- Fernández, A. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Gorodischer, V. (2022). *Desmadres. De la experiencia personal a la aventura colectiva: la decisión de maternar hoy*. Buenos Aires: Planeta Argentina.
- Gutman, L. (2020). *La maternidad y el encuentro con la propia sombra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lacan, J. (1956-1957). *Seminario 4. La relación de objeto. Clases XI*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente. Clases IX y X*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958). *La significación del falo*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1969-1970). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis. Clase IX*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973). *Seminario 20. Aun. Clase VII*. Buenos Aires: Paidós.
- Langer, M. (1976). *Maternidad y sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Ley 25.929. *Parto Humanizado*. 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, 2018.
- Oberman, A. (2001). *La palabra en las maternidades: aproximaciones a la psicología perinatal*. Buenos Aires.
- Oberman, A. (2008). *Observando a bebés. Técnicas vinculares madre-bebé y padre-bebé*. Buenos Aires: Lugar.
- Recalcati, M. (2018). *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencias de lo materno*. Barcelona: Anagrama.
- Stern, D. (1999). *El nacimiento de una madre*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1991). *Exploraciones Psicoanalíticas I. Cap. 8: Ideas y definiciones*. Buenos Aires: Paidós.